

COMIENZOS DE VERANO DE 1936

—**E**NTONCES, ESO ES LO QUE LE OCURRIÓ —DIJO Dolores, con la voz entrecortada.
—Eso fue lo que le ocurrió —repitió Isabella, el acento canario aún vivo entre los otros restos que enturbiaban su español.

Fuera, en la calle, el canturreo del tráfico se desparramaba sobre las dos tazas de té que se enfriaban sobre la mesita.

—Si nunca te hubiera conocido —continuó Isabella—, si ni tú ni tu pérfida madre os hubierais cruzado en nuestra vida, mi primo continuaría vivo.

—Si tu primo continuara vivo —dijo Dolores—, si Scott hubiera sobrevivido en el Somme, tú y yo nunca nos habiéramos encontrado de nuevo. Y no seguirías hablando de él como lo haces, con un puñal dirigido a mi garganta. Nunca, jamás. Yo lo hubiera protegido de ti, de las que eran como tú.

—Tu madre y tú. Sobre vosotras pesa la muerte de un inocente.

Dolores levantó la cabeza. Observó los dedos de Isabella, la sortija con una esmeralda que le quedaba pequeña y apretaba la carne en torno al nudillo.

—Eres ridícula, y hablas como un personaje de opereta. Deja de actuar, Isabella. Ninguno de nosotros era inocente.

VERANO Y OTOÑO DE 1913

C ECILY HAMILTON MENTÍA DE CONTINUO, CON LA frente alta y la mirada fija, en lo importante y lo trivial, con una pasión oculta por tal desgana que impedía desconfiar de ella. Era una mujer hermosa y liviana, que acababa de cumplir treinta y tres años, y desde hacía tres aseguraba no pasar de los treinta. Había regresado en junio del enlace de su hija Candela, en Gibraltar, y desde entonces la encontraban más melancólica y más solitaria, pálida y gaseosa de encajes en las *garden parties* de Santa Cruz, como si la tristeza de haber casado a dos hijas en menos de un año la hubiera dejado exhausta y con poco que hacer. Linda, la segunda, esperaba ya un hijo, y la imaginaban redonda y discreta en una hermosa casa de Surrey.

A Candelaria, la recién casada, le aguardaba un viaje de diecisiete días hasta Sierra Leona, con un marido católico que le doblaba la edad y que como regalo de bodas le había entregado a Cecily un aderezo de perlas rosadas, y al mayor Hamilton un alfiler de diamantes sierraleoninos que lucía en el club, a la espera de muchos más, de una sangría viva en la tierra africana.

Les quedaba una hija, Dolores, aún muy joven. Aunque los Hamilton acostumbraban a presentar a sus hijas excepcionalmente pronto, Lola Hamilton no pasaba de los trece años en el verano de 1913. Como muchas niñas de la isla, había nacido con el siglo, y como todas ellas, se balanceaba inquieta entre la inocencia y el coqueteo. Bajo el cielo canario, sus pieles se oscurecían, y el mar tomaba colores inquietantes. Aquel año había resultado seco, y los pozos languidecían, mientras las muchachas inglesas de la isla aguardaban el mundo, y comentaban la buena suerte de Candelaria Hamilton, que viviría entre criados negros y diamantes, con sus rubios cabellos aclarados por el sol.

El verano alimentaba las intrigas que se completaban durante el invierno: llegaban nuevos visitantes, y en manos de la buena sociedad tinerfeña estaba el que decidieran invertir en la isla, o que continuaran viaje hacia las colonias inglesas u holandesas, con ideas nuevas y dinero fresco. Los hombres abrían sus casas, y revelaban secretos a medias para enriquecerse de manera rápida, sin abandonar Europa. Las islas Canarias se presentaban como la nueva Australia, la nueva América, sin alimañas, ni paludismo, ni despedidas definitivas. De las mujeres dependía que ese entorno se volviera irresistible. Las isleñas combinaban la gracia y la educación de las inglesas con una indefinible languidez exótica. Quizás, en el fondo, se agazapara el temperamento indígena, español, una lava que los hombres temían y buscaban. Eran *terra incognita*.

Cecily Hamilton miraba a su hija menor con los párpados entrecerrados, como si aún no comprendiera bien qué hacer con ella, pues era menos hermosa que Candela,